

Cuarto Domingo de Adviento B

“El Señor está contigo”

Lo que el ángel le dice a María: “El Señor está contigo”, parece una obsesión de Dios de estar cerca del hombre. Esa cercanía y presencia Dios se la promete a Moisés: “Yo estaré contigo” (Ex 3,12), y a otros personajes del Antiguo Testamento. Jesús se lo promete, también, a los apóstoles: “Yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo” (Mt 28,20). Dios nos acompaña siempre, nos defiende y quiere constantemente nuestro bien. La presencia de Dios para quien a El se abre es promesa de vida nueva, de salvación y restauración del hombre deteriorado, que ve de pronto cómo la esperanza surge en su corazón. Dentro de cada uno, en lo más hondo de nuestro ser está Dios nuestro Salvador.

La sorpresa del hombre que recibe de Dios la promesa de hacer de él “un hombre nuevo”, es gemela de la sorpresa de María:

¿Cómo es posible que llegue a ser un hombre nuevo, si conozco mis pecados, mis limitaciones? Y la respuesta es: Dios toma la iniciativa con la fuerza de su Espíritu. Pues, si es así, que la Palabra de Dios se cumpla en mí.

El conocido episodio, entrañable y sobrecogedor de la Anunciación no es una historia del pasado. El misterio escondido desde siglos en Dios, su proyecto de salvación universal, se hace presente en María, y sigue siendo actual. Dios es libre y es imprevisible. Y, sobre todo, es gratis. La salvación corre de su cuenta.

María, escogida por Dios que no busca lo grande, lo brillante, lo influyente. María una sencilla joven de Nazaret. Dios no quiere nuestras cosas, sino nuestro vacío; no quiere nuestras virtudes, sino nuestra pobreza; no quiere nuestros méritos, sino nuestra fe. Ella lo reconocerá más tarde: “Porque miró la pequeñez de su esclava” (Lc 1, 47). Abierta y dócil a la acción del Espíritu, en medio de una seria incompreensión, se fía de Dios y se entrega sin condiciones: “Aquí está la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra”. Decir sí a Dios es no mirarse más a sí, estar siempre a la escucha, no dudar ni regatear nada, esperar contra toda esperanza, estar dispuesto a todo.

El “hágase” de María es un “sí” para el hombre nuevo, para la humanidad nueva reconciliada con Dios por Cristo. El sí de María, que la asocia a la obra liberadora de Cristo, nos desvela el rostro de un Dios que valora al hombre y lo invita a una relación de amistad, comunión y colaboración. María nos enseña también que la aceptación del hombre por Dios no vuelve indiferente nuestro compromiso en el

mundo. Hoy sobran palabras y faltan hechos concretos de liberación de los más humildes y explotados: "Derriba del trono a los poderosos y levanta a los humildes" (Lc 1, 52). El sí de María nos desvela el rostro de un Dios que valora al hombre y lo invita a una relación de amistad, comunión y colaboración.

La Anunciación de María en el Adviento y cercana ya la Navidad, nos habla de una salvación que Dios nos brinda pero que quiere la colaboración del hombre. Formemos nuestras actitudes en acciones solidarias de promoción del ser humano y defensa de la dignidad de toda persona. Dios quiere restablecer el orden trastocado por el egoísmo y la opresión. La conversión a que se nos invita en este tiempo de Adviento no debe olvidar esta dimensión base de "un cielo nuevo y una tierra nueva".

La Eucaristía hace ya presente al Dios encarnado al reunirnos en su nombre. Espera que su Palabra sea acogida como María, para que el mismo Espíritu que la fecundó convierta el pan y el vino en el Cuerpo y la Sangre de Cristo, y así el Verbo de Dios se hace de nuevo carne, y habita entre nosotros. Nos sentamos a la misma mesa, comiendo el mismo y será siempre Navidad.

Joaquín Obando Carvajal